

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 2 de

Enero de 1890.

Precios de suscripción.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. ranjero y Ultramar un año 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES**Puntos de suscripción.**

En Lérida, Mayor 81, 2.
Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante
Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—De la Novela.—Reflexiones.—A un Espiritu.—A la Caridad.

DE LA NOVELA

CONVERSACION FAMILIAR.

No he leído muchas novelas, y para tratar este asunto no hay duda de que fuera mucho mejor nuestra insigne Emilia Pardo Bazan, pues me consta que conoce al dedillo la literatura contemporánea; pero como en este mundo es difícil abarcarlo todo y los conocimientos de unos seres son el complemento de otros, sucede que no siendo yo ni de mucho tan versada en la materia como la ilustre escritora gallega, soy espiritista y esto aunque con menos instrucción quizá me permita tratar ciertos asuntos mas á gusto de los adeptos de nuestra escuela.

Digo pues, que no he leído novelas á manta y las que mas me han gustado pertenecen casi todas á la escuela realista; me agradan poco las negras guedejas del romanticismo, y á la trama mal urdida del "Escándalo," de Alarcon, en la que implícitamente se hace la apología del jesuita, prefiero cualquiera obra de Perez Galdós donde los personajes son de carne y hueso, donde se escucha el fresco aliento de la palabra viva, donde los diálogos bien del alma consigo misma bien con otros personajes sostienen la atención del lector y la actividad de su espíritu. Soy partidaria del Quijote, la novela mas real que han visto los siglos y que tan alto nos coloca por encima de todas las naciones y me placen las cortas novelitas de Quevedo que tan bien nos retratan las corrompidas costumbres de la corte de Felipe IV; no desagradándome tampoco apesar de lo subido del color, los cuentos de Bocaccio que nos dan á entender cual era la gente frailuna de aquellos tiempos en comparacion de la cual es la nuestra, miel sobre hojuelas. Y no crea el lector que gusto de Quevedo y de Bocaccio por lo picarezo de los chistes, ni por lo galante de las aventuras, que ningun espiritista puede gustar de aquello que no sea estrictamente moral en el fondo y suave y delicado en la forma, sino porque esos cuentos y esas novelas revelan perfectamente el poco sentido comun y el poco sentido moral de los siglos anteriores, todo lo cual sirve de escuela en nuestro presente siglo. Verdad es que al conocimiento de lo que ha sido la humanidad, nos ayudan la historia y el teatro, pero tratando la primera de personajes reales no puede descender á cosas de detalle cuyos toques y toquecitos solo á la novela le es permitido dar y en cuanto al teatro, su esfera de accion es demasiado limitada para abundar en recursos

como la novela. El drama, la comedia, y la tragedia, cojerán un hecho, se apoderarán de un episodio histórico ó ficticio y nos presentarán los personajes que en él figuran como son ó debieran ser; pero desmenuzado el argumento y resuelto dentro ó fuera de la justicia humana, corrióse el telón, por manera que aquellos caracteres no son permanentes y solo los conocemos en tales ó cuales circunstancias.

Lejos de mí la idea de creer que el teatro no es una gran escuela de costumbres, mas por lo anteriormente dicho opino que no puede igualarse á la novela en la cual no hay problema que no encaje sea político, religioso, filosófico, científico, social, etc. etc. Como la novela admite el tono festivo, patético, descriptivo, tierno, sentimental, delicado, satírico y cuantos mas quieran imaginarse, caben en ella toda clase de composiciones y en sus episodios, en sus diálogos, en todo su contenido puede desarrollarse un fondo de doctrina, una tendencia mas ó menos marcada hácia determinado objetivo; pueden en ella sustentarse y defenderse todas las ideas habidas y por haber desde las científicas hasta las festivas. De la novela puede decirse lo que decia Horacio de las Bellas Artes, que consistían en enseñar deleitando, y buena prueba tenemos de ello en las novelas contemporáneas, tan diferentes de aquella literatura de la Edad-Media, dedicada la séria á sagrados asuntos y la festiva á ensalzar el bandolerismo de los señores ocupados continuamente en lides mas ó menos injustas, pero nunca verdaderamente cristianas; vanamente se buscaría moral ó sombras y lejos de ella en aquellos amores adulterinos cuyos principios eran la violencia y el abandono, y el término, tragedias espantosas, no relatadas quizá en los libros que se complacian en mofarse del marido ya burlado, pero reales en las misteriosas é ignoradas existencias de los castillos. Con el tiempo varió de rumbo la literatura; nació el teatro y ya pudo verse como el honor fundido en el yunque calderoniano era, aunque iracundo y vengativo, honor al fin.

Casi al mismo tiempo que las comedias de capa y espada nació la mas real, la mas humana de las novelas, la que mas aplicación guarda para todas las cosas y casos de la vida, el Quijote. La escuela realista fundada sin disputa por Cervantes, no tuvo por entonces imitadores, el mismo autor se aparta de su propio modelo en las demás novelas. El género que estuvo en boga y particularmente en Francia despues de la acerada literatura de los enciclopedistas, fué el romanticismo: copiámoslo acá en España quizá con escasa fortuna, pues no tuvimos un Victor Hugo el mayor de los románticos, el que hizo amar el romanticismo que con él murió, por lo menos allende los Pirineos, que por esta tierra de garbanzos aun hay quien anda prendado de él.

Mas cuerdos y positivistas los ingleses, mas dados al trabajo y á la vida de familia que á inútiles devaneos, cortaron novelas con el molde del Quijote; si bien relatóndonos las costumbres de estos tiempos, las luchas mas por la existencia que por ilusorio honor, sustituyendo las lides de amor por cuadros de familia donde revolotean niños que rien y juegan mientras los padres se acongojan por su suerte y tiemblan por su porvenir. ¡Cuán diferente el verdadero y reducido hogar de nuestra sociedad á las inmensas salas de armas si con lujo, con ninguna comodidad, donde el bardo sentado en el puesto de honor recitaba las legendarias hazañas de cien generaciones! Quien en los siglos venideros quiera estudiar esta época de desquiciamiento, de grandes vicios y de virtudes famosas, de rancias ideas y de novísimos ideales, acudirá no solo á la historia y al teatro sino á la novela, en especial á esa novela de Fielding, de Richardson, de Cárlos Dickens y de Perez Galdós en nuestra España moderna, autores cuyos libros vienen á ser fidelísima fotografía de nuestros tiempos. Quizá se objete que para adquirir ese conocimiento, el estudio solo irá

buscando las novelas perfectamente realistas, aquellas de las cuales queda excluido todo idealismo. Opino que no tendrá razón de ser semejante intolerancia; autores habrá más ó menos realistas, pero ninguno á su modo dejará de idealizar; podrán ser ideales más ó menos levantados, pero al fin ideales habrá, porque el hombre vive dos vidas, tres si alambicamos; una en la naturaleza, que le asemeja al animal, otra en la inteligencia que le pone muy por encima de él, y otra en el sentimiento que le coloca anticipadamente á la altura de esos ángeles que reciben de Dios su divina inspiración; por lo tanto dos conceptos ha de abarcar la novela, el del individuo en sociedad y el del individuo en su foro interno. En el primero puede el autor mostrar precisión, génio, elevación de pensamientos; copiar de lo natural y copiarlo bien es ya grandísimo mérito. En el segundo, cabe desarrollar la más pura idealidad, por cuyo motivo las novelas más realistas pueden y deben tener su altísima poesía; todos los poemas no están en verso, como no todos los versos son poemas; para ello queda libre el autor de encajar en su obra uno ó varios caracteres que no son como los que á diario codeamos, sino lo que debieran ser, lo que por excepción encontramos alguna que otra vez en el discurso de la vida y aun despojados de pequeñas imperfecciones, agigantados, idealizados en fin; concepción que no por ser rigurosamente exacta en la práctica dejará de dar á entender á las futuras generaciones que sabíamos en que estribaba lo bueno, que comprendíamos la belleza moral como los griegos comprendieron la belleza artística; comprensión que en verdad no tuvieron los pasados tiempos. En vano buscareis en toda la literatura antigua un tipo como el obispo de "Los Miserables," del cual pudiera decirse que cumplió al pié de la letra aquella máxima de Cristo, "Sed perfectos como vuestro padre que está en los cielos lo es." Ni en el teatro nacional ni en el extranjero: ni en los cuentistas famosos os afaneis por encontrar una caridad tan evangélica, tan acabada y tan divina como la de Evangelina, la más simpática protagonista de la inspiradísima obra "La Choza de Tom." Pues si el romántico Victor Hugo y la realista Enriqueta Stowe crearon personajes tan absolutamente perfectos fué porque lo sintieron, porque vivían allá en el foro interno de su conciencia y al trasladarlos al papel, trasladaron la historia verdadera de futuras humanidades; en cuanto á la presente se encuentra en los demás tipos, más reales cuanto quizá más lejos de la perfección. Nuestros hijos nos juzgarán tal cual somos al empaparse en nuestra literatura y por ella nos conocerán mucho mejor que nosotros á nuestros antepasados, porque como nuestra vida es tan vasta, tan exhuberante, tan pletórica, hemos acudido á la novela para exponer nuestras quejas y nuestras aspiraciones, nuestras llagas y nuestros ideales; por eso declaro la novela, y valga mi declaración por lo que valiere, la obra culminante, la obra maestra, el verbo de la literatura del siglo XIX.

Ninguna idea desde la más vulgar hasta la más sublime, ningún hombre, por poeta, por sábio, por filósofo que sea, desdénan de acudir á ella para exponer ampliamente ciencia, historia, religion, derechos, deberes, afirmaciones, negaciones etc. etc. Fatigaría citar nombres de los que tan honrosamente han descendido de las altas y áridas religiones científicas á las conversaciones familiares de la novela produciendo con ello cuantiosos beneficios á la mayoría de la humanidad que nunca estudiára ciencia en los libros docentes y adquiriera idea de ella en cuentos y novelitas. ¿Quién desde el rincón de su casa no ha viajado por todo el orbe llevado como de la mano por el insigne Julio Verne, aprendiendo en estas rápidas cuan inmóviles excursiones los usos y costumbres de países cultos y de continentes bárbaros? ¿Quién no conoce el Tend-Avesta, los Vedas, el Ramayana, los actuales ritos índicos, la colonización inglesa, el comercio francés, la vida toda de

esa India oriental cuna de nuestros padres, por esas narraciones mitad verdaderas, mitad novelescas, escritas por Jacolliot y su esposa á orillas del Ganges y del Bra-
 maputre? Cierto que mas profundos; mas filólogos y mas sábios son Burnouf, Max
 Müller y Grim y otros cien; pero á estos tales solo unos cuantos les conocen, mien-
 tras que el nombre de Jacolliot circula de boca en boca. ¿Cuántos por otra parte
 sin haber nunca ojeado la historia se sabrán de coro las desgracias de los últimos
 reyes granadinos y la rendicion de aquella ciudad, último destello de una raza civi-
 lizadora por excelencia, desde que el prodigio, la maravilla de los oradores, Caste-
 lar, dió á luz su hermosísima novela "El suspiro del Moro?," ¡Y cuánta historia del
 arte plástico encontrareis en "Frá Filippo Lippi," y qué estudio psicológico tan
 profundo en la ¡Historia de un corazon! ¿Que mas? Hasta el mismo Flammarion,
 sea medianímicamente, sea con criterio propio, ha acudido á la ficcion para hacer-
 nos viajar por el infinito en compañía del celeste explorador Lúmen. Digan quan-
 to quieran los detractores de la novela, los que en su gravedad (quizá parecida á
 la del burro) afirman que poco vale y que poco instruye y la desdeñan como cosa
 baladí, la novela vale mucho, instruye mucho y es y será como anteriormente se
 ha dicho, el libro por excelencia del siglo de las luces; y es menester no poco ta-
 lento para escribirla siquiera medianamente en su forma y en su fondo. Hay quien
 opina (¿qué no se ha llegado á opinar en este mundo de aberraciones?) que la forma
 es nada en una novela bien urdida, y otros por el contrario creen que las buenas
 formas no salvan una novela sin interés. Soy de este último parecer: circulan aho-
 ra en Francia, profusion de libros que apesar de sus coqueterías de estilo no pasa-
 rán á la posteridad, sea por lo desatinado del argumento, ó por lo insulso; acá te-
 nemos algo en ese género tambien.

Como nuestro teatro dista mucho del teatro antiguo tan trágico y tan dramático,
 nuestras muchas novelas están tambien á cien leguas de las pocas novelas de anta-
 ño. Si nuestros padres eran poco escrupulosos en el argumento quizá lo fueran me-
 nos en sus expresiones; y en materia de propiedad de términos y rigurosa exacti-
 tud de lenguaje tampoco se esmeraban ¿Citaré al inmortal Shakspeare que solo tra-
 ducido puede leerse, pues el original está lleno de palabras torpes y groseras? re-
 cordaré á Cervantes que se deja llevar de la misma corriente; de Quevedo no hay
 que hablar; en su afan de decir mal de los médicos, echaba por la boca sapos y
 culebras. ¿Y los argumentos? ¡Válgame Dios! Hay comedia de Lope de Vega en la
 cual intervienen desde Brama hasta Espartero, como suele decirse. En cuanto á la
 aplicacion precisa de los términos, el mismo Cervantes llamado con razon el prin-
 cipe de los ingénios, confunde la dureza con la tenacidad. Si tal hacia el príncipe,
 es inútil multiplicar ejemplos de los súbditos. Nada de esto se tolera ya hoy. No
 ha de ser romo el que se ponga á escribir novelas. Tantas ciencias y virtudes co-
 mo decia D. Quijote que eran precisas para ser caballero andante, tantas y mas se
 necesitan en el dia para sacar copias de la vida social; para que vean los lectores
 como decía el desfacedor de agravios si es ciencia mocosa la de escribir novelas;
 solo quien la posea cabal y completa con una mas que poquita añaditura de génio
 podrá escribir libros que cautiven, deleiten, instruyan y moralicen.

.

De todo lo anteriormente dicho que pudiera ser mucho mas largo, pero que no
 lo es porque este artículo, mas que artículo es una conversacion familiar con los
 lectores de la "Luz," puede deducirse cuánto influye la novela en el individuo, en
 el hogar y en la sociedad entera, y sentado esto cabe preguntar: ¿debe el espiritismo
 cuidarse tambien de semejante género de literatura? ¿es lícito, es formal, es

útil que tan alta filosofía como la revelacion del Evangelio, baje de las altísimas regiones dó imperan problemas científicos y cuestiones trascendentalísimas, á las páginas tan íntimas como vulgares de la novela?

No quiero abusar mas tiempo de la paciencia de mis lectores y tal asunto nos servirá de tema en la próxima conversacion.

MATILDE FERNANDEZ DE MARTINEZ.

REFLEXIONES.

Probar científicamente
es destruir temores.

Necesítase ser verdaderamente espiritualista, antes de pretender ser verdadero espiritista; de la misma manera que jamás podrá nadie decir que sabe multiplicar sin haber antes apreendido á sumar; porque siendo en efecto la base fundamental de la filosofía racionalista moderna, la certidumbre de la existencia en nosotros de una entidad inmaterial é indestructible llamado espíritu, dicho se está que no puede darse un solo paso en estas teorías, sin estar segurísimo de antemano de la existencia real de esa misteriosa entidad, con todas sus propiedades.

Falta hacer aquí una importante observación, que yo considero de todo punto necesaria y es; que siendo así que nuestra mente se puede encontrar en tres distintos estados en orden á la verdad, cuales son: De *Certeza*, de *Opinion* y de *Duda*, claro es que para conseguir que nuestra inteligencia llegue á posesionarse de ese primer estado, es absolutamente indispensable una rigurosa demostración científica; (y éste es el punto grave á que me refiero,) porque semejantes demostraciones no siempre proceden, y por lo tanto no siempre pueden hacerse en grado conveniente; pues que á ello se oponen los graves obstáculos y dificultades con que ha de luchar en ciertas teorías el que las dá, por un lado; y por otro, el no menos grave inconveniente que ha de mediar por parte del que las recibe. El primero por la dificultad de armonizar debidamente todas y cada una de las reglas y preceptos que exige la verdadera demostración científica en determinadas ocasiones y circunstancias, y el segundo, porque la generalidad de las veces se necesita escribir para un público no todo lo culto é instruido en gran parte como fuera de desear.

A obviar en lo posible estas dificultades va encaminado este humilde trabajo que dudo bastante en verdad de poder conseguirlo, pretendiendo hacer aquí una demostración, ni tan rigurosamente científica, que solo á personas profundamente civilizadas y pensadoras quepa, ni tan exigua y vulgar, que se amolde hasta á las más comunes inteligencias. Hecha esta aclaración vengamos al asunto.

Sabido es de todos que disponemos de un principio lógico tan sábio como exacto, llamado de casualidad y formulado en los siguientes términos: *No hay efecto alguno, sin causa que lo produzca* »

Esto admitido, como no puede ser menos de ser admisible, yo quiero suponer ahora (para alegar recursos) dos personas ó más, colocadas delante de dos grandes y hermosos edificios: dos palacios por ejemplo; ambos de igual tamaño y proporciones; de igual forma, de idénticos remates en fin; pero construido el uno con

una argamasa ordinaria de piedra y mezcla, y el otro hecho de mármol blanco, de bronce, de hierro ú oro macizo si se quiere.

Interrogadas después dichas personas sobre cual de éstos edificios es el que más les agrada, es bien seguro que contestarían sin vacilar que el de mármol; y ya tenemos aquí un efecto, que como se ha dicho, no puede por menos de reconocer una causa, esto es: Cual sea la razón poderosa que obliga á todos á un mismo asentimiento común.

¿Es el mérito intrínseco, (pregunto yo ahora) resultante del valor material empleado en su construcción? No. No es esta la causa ó razón que obliga á ese irresistible y unánime asentimiento, como algunos querrán tal vez suponer, porque atendiendo á aquello de:—«*En este mundo traidor—Nada hay verdad ni mentira—Todo es segun el color—del cristal con que se mira*»...—vemos que efectivamente no hay otra cosa aquí más que la mera conveniencia que nosotros damos á las cosas y los objetos. Supongamos para probarlo, que una persona se encuentra necesitada en un sitio aislado, de un pedazo de papel para escribir: Aunque en aquella ocasión su bolsillo se encuentre repleto de oro, ¿se me quiere decir de qué le sirve? Y si dicha necesidad fuese tan apremiante que no pudiera dejar de hacerlo en el momento dado, á menos de trastornos graves, es bien seguro que todo el oro de que dispusiera, lo daría, á cambio de una mezquina cuartilla de papel.

Mas si no bastando el ejemplo propuesto, se quisiese acudir á casos prácticos, recordamos lo que ocurre en el juego de naipes. La *Espada* en el *tresillo* tiene mas valor que ninguna otra carta, y ésto no más que porque todos han convenido en que sea el primer *mate*, razón por la cual halaga también más que ninguna otra; pero cámbiese éste juego por otro cualquiera; (sea el llamado *Tuerto* y *Andorra* por ejemplo) y veremos como entónces la carta de más valia es el 4 de *bastos*. Por donde vemos que aquí como en todo lo demás no hay otra cosa que el mérito convencional que nosotros mismos nos creamos.

No es pues el valor ni el mérito intrínseco de las cosas como hemos visto, lo que á nosotros nos impele á semejante asentimiento. ¿Será quizá en su aspecto exterior donde encontremos la causa que perseguimos? Mucho menos aún. Hemos estipulado de antemano igualdad de circunstancias en todo; y por lo tanto ni la forma, ni el tamaño, ni las comodidades &, &, pueden señalarse como causa de nuestro mútuo asentimiento. ¿Cuál es entonces? Ni es ni puede ser otra más que las cualidades de nuestro propio espíritu reflejándose en la construcción (mejor dicho) en la propiedad material del palacio objeto de nuestro embeleso: veamos cómo.

Sabemos que la cualidad primordial de nuestro espíritu es la resistencia á la destrucción: pues bien, donde quiera que veamos reflejarse de algun modo esta sublime cualidad, allí encontramos, belleza, gozo, satisfaccion, y en efecto el edificio construido con mármol puro, se acerca mas á esta cualidad divina de nuestro espíritu, que el construido con la simple argamasa, porque hallamos en él mayor firmeza, resistencia, solidez; más identidad y semejanza finalmente con las cualidades de nuestra alma; y de ahí la vehemencia irresistible de nuestro asentimiento.

Por otra parte, la culebra que se arrastra por el suelo la encontramos también todos más fea y repugnante aún que el leon con toda su fiereza. ¿Porqué? Porque el segundo se asemeja más también á las cualidades que á nosotros mismos nos distinguen, mientras que en la primera vemos que se separa notablemente de esta semejanza.

Y si estas pruebas no bastasen para llevar el convencimiento al ánimo más ob-

cegado, suponed por un instante ese proceloso Mar, objeto de nuestro respeto y admiracion, suponedlo digo, en perpétuo reposo; y vereis, más bien que un lugar de recreo. un abismo con la boca abierta para tragarnos: un lugar espantoso que ningun encanto nos produjera; pero en el movimiento continuo de sus aguas, vemos precisamente el reflejo de nuestra incansable actividad, causa indudable á todas luces de esa sublime belleza. Pues...¿y la repugnancia y aversion que la presencia de un cadáver produce en nosotros; ¿de dónde procede? No más que de la falta de movimiento y actividad; porque la materia con todas sus formas, pero completamente inerte, pocos atractivos posee.

En una palabra: Solidez, resistencia á la destruccion: Por otro lado: actividad, movimiento, libertad, he aquí las cualidades primordiales de nuestra alma; y por ello donde quiera que veamos reflejadas dichas propiedades, allí está todo nuestro halago y simpatías, como llevo dicho.

Paréceme haber dejado con este pequeño bosquejo hecho á grandes rasgos, debidamente justificádo el título de este humilde artículo.

MARÍA DE LA P. MORENO.

A UN ESPÍRITU.

Me vistes luchar entre tinieblas, y tu alma delicada sintió el fuego del amor sagrado y espiritual que emana de la caridad. Y este amor que en tí se despertó al mirar mi infortunio, hizo evaporar el jugo de tus lágrimas metamorfoseando el sentimiento en viril fuerza que te alentaba y decidía á ayudarme con la esperanza de un lisonjero éxito, al ver, en tus filosóficos estudios, que estaba llamado mi espíritu á salir de las sombras del atraso.

Te decidistes á sacarme de las nieblas en que me envolvía para que viera el sol de la verdad, sintetizado en el amor; amor que habia de probarme que el principio esencial de este es la libertad de accion dentro de la moral mas pura, el bien de nuestros semejantes, y que al envolverme comprendiéndolo así, en sus dulces corrientes, participára de las divinas manifestaciones que refleja en su pureza. Para conseguirlo principiaste por inspirarme en la idea sublime de redencion que es consecuencia necesaria de la verdadera caridad, y procuré redimirme de algunas de mis faltas, para que mas purificado mi espíritu, pudiera ser iluminado por el tuyo.

Así fué, como habias presentido, aun que al principio acostumbrado mi espíritu á la oscuridad, los primeros resplandores de la luz que empezaba á entrever herian mis pupilas y vacilaba entre abrir los ojos ó adornecerlos en la inercia de la indiferencia.

Hoy lleno mi espíritu de agradecimiento, reconoce que tu constante trabajo, ayudado por la caridad y el amor de otros espíritus hácia los nuestros te hicieron ver era preciso demostrarme que el tiempo que empleara envuelto en frívolos pasatiempos y vanas superficialidades, era perdido en la oscuridad, y retardaba mi felicidad, que no es un mito. La verdad que emana del raciocinio dijo á mi razón no dudes, que si dudas de mis consejos, las lágrimas que los desengaños hijos de esas dudas, te harán derramar por no querer oír la voz de la esperiencia por mediación mia, al tocar la triste realidad que te presenten las decepciones que sufras.

Un hermoso dia, lleno de luz, te ví sonriente venir hácia mí.

Me encontrastes envuelto en tristes reflexiones y con mirada amorosa y de triun-

Pasó mucho tiempo.

fo me dijistes:—Ya has dominado la inercia moral en que se sumergía tu espíritu.—Sí, contesté melancólicamente, ya deseo ascender por la escala de las corrientes intelectivas para aprender y, aprendiendo, enseñar y, enseñando, cumplir los deberes morales que me impone la gratitud que debemos á Dios, que nos dá sus leyes para que humildemente, hagamos de ellas percepción, para progresar.

Tú que me esperabas, para que unidos nuestros espíritus recorriéramos el oasis de ventura que tantas veces nos habia señalado la hermosa Esperanza; llorastes, pero con ese llanto que nace de la verdadera y pura alegría inmaterial, yo tambien lloré!! Después de esto nos estrechamos en un fuerte abrazo ideal y así seguimos caminando en medio de las contrariedades que se ofrecen al deber y que se vencen con el amor á la Verdad Suprema.

CONCHA CURIEL FLORES.

A LA CARIDAD.

Sublime caridad, virtud hermosa,
Yo bendigo tu luz pura y divina;
En la noche sombría y silenciosa
Irrádia tu belleza peregrina.

Como el soplo de brisa gemidora
Que roza mi semblante dulcemente,
Quiero sentir tu voz consoladora
Emanación del Dios Omnipotente.

Quiero adorar tu imágen bendecida,
Quiero erigir un templo á tu memoria,
Bálsamo refrescante de la vida,
Destello desprendido de la Gloria.

Entonan su cancion los Querubines
Tributando alabanza á tu belleza,
Y al ver que te rodean Serafines
Ante tu paso inclino mi cabeza.

Para cantar tus galas,
Mi acento es rudo,
Angel de blancas alas
Yo te saludo.

JOSEFA DIAZ.

—
¡DAD!

Los que teneis un corazón sensible
Y sin llorar no veis correr el llanto,
Tened piedad del pobre!.... Es indecible
Su fiero mal y su cruel quebranto!....
¡Ay! del que dice en su dolor profundo:
¡Qué haya un cadáver más que importa al mundo!